

dirección noroeste desde el cabo de Neyt se extiende, como indica el mapa de Duse, una característica cadena de islas formada por dos mayores y varias pequeñas que concuerdan con las islas de Cristianía del mapa belga, donde están representadas en lugar completamente falso y reproducidas en tamaño muy reducido.

Era nuestra obligación hacer estas observaciones para aquilatar el trabajo cartográfico de la expedición belga, pues conocíamos por experiencia propia las difíciles circunstancias en que el cartógrafo tiene que operar en estas regiones, aunque los exploradores belgas habían demostrado su pericia para vencer toda suerte de dificultades.

Para comprender las discrepancias entre el mapa que nos servía de guía y el que nosotros formamos, especialmente en cuanto se refiere al canal de Orleans y al de Gerlache, ha sido necesario hacer esta aclaración que no nos parece ociosa. Las expediciones futuras que visiten las costas recorridas por los belgas y el «Antártico» comprenderán seguramente estas dificultades.

Durante el tiempo que se necesitó para completar la cartografía del canal de Orleans (del 26 de noviembre al 5 de diciembre) estuvo el buque completamente á disposición de Duse, que marcó su rumbo y los desembarques que eran necesarios para el trabajo cartográfico. En casi todos los desembarcos que se hicieron (dieciocho) le acompañamos Skottsberg y yo.

Aprovechamos todas las ocasiones para recolecciones botánicas y geológicas, mientras que Karl Andrew Andersson sacaba, con la red desde el buque, muestras de la magnífica fauna submarina.

No recuerdo otra etapa de nuestro largo viaje como

ésta: el trabajo era variado y distraído y los resultados esencialmente prácticos; además nos favoreció el tiempo con hermosos días de los que guardamos la más feliz memoria.

Debe confesarse en justicia que el buen resultado de nuestra permanencia en el canal de Orleans, no sólo debe atribuirse á la admirable constancia del cartógrafo y al celo de los compañeros que le secundaban, sino también á la decidida cooperación de los tripulantes y oficiales del buque que tuvieron que realizar trabajos que sobrepujaban en mucho á sus quehaceres ordinarios. No se vieron nunca libres de guardia; tanto durante la clara noche como durante las horas del día llevaban á cabo trabajos científicos sin interrupción, demostrando siempre el mismo interés que nosotros y el mismo entusiasmo cuando vencíamos alguna dificultad.

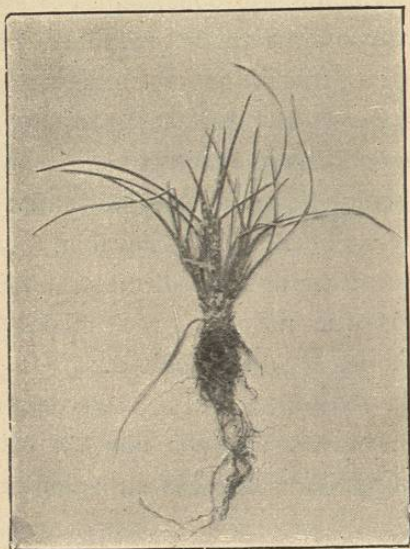
Sin dar la más leve muestra de descontento, nos ayudaron tan bravos marinos con un celo digno de alabanza, demostrando después su valor luchando con el hielo flotante del golfo del Erebus y durante el largo invierno polar.

Por todo esto fué verdaderamente sensible que la mayor parte de nuestras colecciones recogidas durante este tiempo se perdiesen con el «Antártico». Gracias á que Andersson y Skottsberg hicieron durante algunos días, cuando el rumbo del buque ya estaba marcado, una prolija selección entre los más valiosos hallazgos científicos, y esta colección, que llevamos á la isla de Paulet, se salvó de la catástrofe.

Como las más importantes muestras de la mezquina é insignificante flora de la tierra antártica las hallamos en los escollos sin hielo y en los declives de las montañas

del canal de Orleans, debe hacerse aquí una sucinta relación mencionando esas plantas (*).

A primera vista la costa antártica sugiere la idea de una tierra completamente desierta y sin vegetación, y hasta el llamarla «tierra» constituye un verdadero tropo concebido en las regiones donde el clima es más benigno.



Aira antártica.
Canal de Orleans.—Tamaño casi natural.

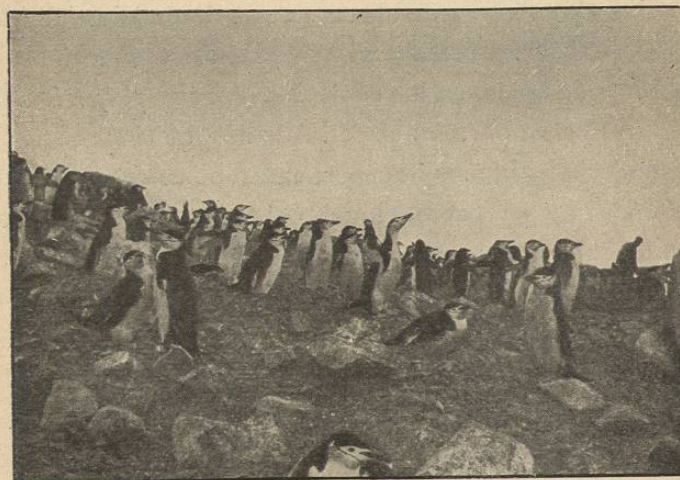
Únicamente se ve en lontananza una mancha clara, una pared blanca, un declive ó una elevación de hielo entre el cual algunas cimas escarpadas ú oscuros acantilados nos hacen suponer que existe un esqueleto de tierra firme.

Cuando nos acercamos á esta costa cubierta de hielo y desembarcamos en algunos de los pequeños escollos

(*) Esta relación sobre la vida vegetal en la Antártica está principalmente sacada de un manuscrito facilitado por Skottsberg.

montañosos sin hielo ni nieve que hay en su proximidad, nos vimos sorprendidos á veces por la presencia de alguna colonia característica del país sudpolar, formada naturalmente por pingüinos ó pájaros bobos.

En los puntos en donde no llegan los pájaros bobos, entre las rocas y los grandes bloques, pudimos encontrar algún indicio de una pobre vida vegetal y raras varie-



Pájaros bobos incubando.

dades de los musgos que cubren escasamente la superficie de las rocas. Forman una capa, á manera de costra, las clases *lecamora* y *gyrophora*, que crecen en forma de grandes orejas dobladas; el musgo, parecido al barbucho, adquiere toda clase de matices desde el verde al amarillo de azufre (*neuropogon melaxantus*).

En los sitios donde abundan los pingüinos está el suelo virgen de vegetación. Por efecto de sus continuos movimientos, y sobre todo por el depósito de guano que durante el tiempo de incubación depositan en el suelo, formando una capa casi coherente en el contorno de sus

nidos, destruyen toda la vegetación en lugares que, por lo demás, son los más apropiados para producir. Se encuentran, no obstante, lugares aislados con muestras de vegetación. En algunos escollos que no frecuentan los pájaros bobos y en los declives de las rocas bañadas por el sol, hallamos los únicos oasis en esta desierta región de mar, hielo y montañas desnudas.

Una alfombra verde oscura atrae desde lejos la vista del explorador. Fórmala principalmente varios musgos distintos de hojas, en los cuales las especies *polytrichum* desempeñan importante papel. Además de estos musgos foliáceos hay algunos líquenes, entre los cuales se destaca uno que se parece mucho al del reno del Norte, que crece también entre las especies predominantes de hoja.

Si se busca detenidamente, se puede encontrar algún ejemplar de la única planta fanerógama que posee la Antártica, y que es una hierba insignificante (*aira antartica*).

Mezquina é insegura es la vida vegetal terrestre de la Antártica. Gran parte del año soplan las tempestades invernales, una tras otra, con fuerza inaudita; durante el verano el tiempo es á menudo tempestuoso y revuelto, y como el cielo casi constantemente está nublado, apenas pueden desarrollarse los vegetales.

Raras veces encuentran condiciones de desarrollo sus órganos de fructificación, y la mayor parte de las veces deben propagarse sin sexo. Es, pues, una sorpresa agradable para el investigador encontrar alguna vez un musgo con el fruto desarrollado.

En todas las partes del mundo se observa una relación aproximada y directa entre la florescencia de la

vegetación y el desarrollo del mundo entomológico, que en la Antártica es pobre como la vida vegetal. Como únicos representantes hallamos pequeñas moscas sin alas, podurelas que se ven entre los musgos, y por último algunas especies de acáridos, animales de la clase de las arañas, del tamaño de una cabeza de alfiler, que se encuentran formando compactos grupos entre las grietas de las rocas.

No terminaré el relato de nuestra estancia en el canal de Orleans sin mencionar un hallazgo de bastante importancia práctica. Refugiados en algunos escollos encontramos nutridas colonias de pájaros bobos pertenecientes á una sola clase (*pygoscelis antartica*).

Tocaba á su fin la puesta de huevos y aprovechamos la ocasión para enriquecer nuestra existencia de provisiones con tan delicado repuesto. De una sola vez llevamos la carga en un pequeño bote á bordo y llenamos varios bocoyes de huevos puestos en sal. Los huevos de los pingüinos se parecen por su tamaño á los de oca. Al hervirlos se coagula la clara formando una masa transparente como el cristal (en los de gallina es blanca como la porcelana), circunstancia que al principio no nos determinaba á comerlos. Sin embargo, esta clase de huevos son muy sabrosos hervidos y no tienen el sabor fuerte de otros, por ejemplo, de los huevos de eider (*), que son menos apetitosos. Esta abundancia de huevos frescos influía notablemente en la variedad y disposición de nuestra comida. El cocinero y el mayordomo ideaban continuamente nuevos platos, y casi á diario nos sorprendían con los más fantásticos guisos, amén de las variadas tortillas y los delicados pasteles. Para las futuras

(*) Especie de ánade de los países del Norte de Europa.

expediciones antárticas, sobre todo para las que tengan lugar en invierno, no recomendaré bastante que se procure llegar donde haya pájaros bobos para proveerse de huevos en abundancia.



CAPITULO X

Camino cerrado

SOBRE las tres de la tarde del 5 de diciembre se había concluido la cartografía del canal de Orleans. Duse, que junto con el capitán había estado sobre el puente tomando algunas determinaciones con los compases de azimut, puso en orden sus libros de esbozos y empaquetó los instrumentos.

—Ahora ya estoy listo—dijo sencillamente.

El primer maquinista se encontraba sobre cubierta hablando con Karl Andersson, quien estaba recostado sobre los envases y barriles.

—Karlsen—gritó el capitán desde el puente,—¡ahora, á la estación invernal!

El maquinista miró arriba y sonrió contento.

Esta sencilla escena está todavía fresca en mi memoria, unida al recuerdo de un hermoso día de verano antártico.

El mar estaba como un espejo y no soplaba un hálito de viento. A lo lejos, hacia el norte y al otro lado del vasto estrecho, se vió la tierra rojiza, cubierta de nieve, de la isla de Livingstone, que parecía más elevada por la refracción. Hacia la tierra de Luis Felipe había una espesa neblina, pero á través de una faja estrecha que dejaba